



CONFERENCIA
EPISCOPAL
ESPAÑOLA

CELEBRACIONES
LITÚRGICAS

«Un solo Señor, una sola fe»

***Celebración ecuménica con motivo del
1700^a aniversario del Concilio de Nicea***

Catedral de Santa María la Real de la Almudena
Madrid, 20 de noviembre AD 2025



LIBROS
LITÚRGICOS

Conferencia Episcopal Española

© CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA

EDITA: LIBROS LITÚRGICOS - CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA
Edificio Sedes Sapientiae
C/ Manuel Uribe, 4
28033 Madrid

Depósito legal: M-24692-2025

Imprime: Campillo Nevado, S. A.
C/ Desierto de Tabernas, 8
28320 Pinto (Madrid)

Impreso en España – Noviembre AD 2025

Esquema de la celebración

1. Procesión de entrada
2. Saludos
3. Lucernario
4. Invocaciones
5. Primera parte: CREEMOS EN UN SOLO DIOS, PADRE
6. Segunda parte: CREEMOS EN UN SOLO SEÑOR JESUCRISTO
7. Tercera parte: QUE POR NUESTRA CAUSA FUE CRUCIFICADO
Y RESUCITÓ
8. Cuarta parte: CREEMOS EN EL ESPÍRITU SANTO
9. Proclamación del Evangelio
10. Profesión de fe
11. Oraciones de intercesión
12. Oración dominical
13. Rito de la paz
14. Oración conclusiva
15. Mensaje del Patriarca Ecuménico de Constantinopla
16. Despedida

Canto de entrada

HERMANOS UNIDOS

La asamblea canta:

1. Hermanos unidos seguimos a Jesús,
cruzando los siglos nos marcará su luz
el son y el camino para peregrinar
al cielo con Cristo que nos dará la paz.
2. Hermanos unidos al Padre Dios Creador
que toda belleza regala como un don,
el Padre que sale a sus hijos a buscar,
Todopoderoso, ternura y majestad.
3. Hermanos unidos, vidrieras de cristal,
la luz nos traspasa distinto cada cual,
hay paz y arco iris, belleza y esplendor,
Espíritu santo, santo y divino don.
4. No hay nadie nunca solo pues tú con el estás
no hay nadie perdido pues tú lo encontraras.
Contigo, contigo, queremos regresar
hermanos unidos pues tu eres nuestro hogar.
5. Hermanos unidos seguimos a Jesús
cruzando los siglos nos marcará su luz
el son y el camino para peregrinar
al cielo con Cristo que nos dará la paz.

Lucernario

El diácono:

En nombre de nuestro Señor Jesucristo, luz y paz.

La asamblea aclama cantando:

Demos gracias a Dios.

El diácono enciende el cirio pascual, y la asamblea aclama cantando:

**Rx. ¡Oh, luz gozosa de la santa gloria
del Padre celeste, inmortal!
¡Santo y feliz Jesucristo!**

El cantor:

1. Al llegar el ocaso del sol,
contemplando la luz de la tarde,
cantamos al Padre y al Hijo
y al Espíritu de Dios. Rx.
2. Tú eres digno de ser alabado siempre
por santas voces.
Hijo de Dios, que nos diste la vida,
el mundo entero te glorifica. Rx.

Todos se sientan.

Saludos

Mons. D. Ramón Darío Valdivia Jiménez, presidente de la subcomisión para las Relaciones interconfesionales y diálogo interreligioso de la Conferencia Episcopal española, y el cardenal José Cobo Cano, arzobispo de Madrid, introducen la celebración y dirigen unas palabras de saludo.

Luego, todos se ponen de pie.

Invocaciones

El presidente:

Al comienzo de esta celebración ecuménica nos ponemos en la presencia del Dios en el que creemos y al que confesamos Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. A Él invocamos.

El cantor:

Kyrie, eleison. Señor, ten piedad.

La asamblea aclama cantando:

Kyrie, eleison. Señor, ten piedad.

Un lector del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla:

Oh Creador y Guardián de todas las almas, que multiplicas la familia humana sobre la tierra, que todos los pueblos sepan que tú eres el único Dios, que Jesucristo es tu Hijo, y nosotros tu pueblo, el que conduces y guías por la acción del Espíritu Santo.

La asamblea aclama cantando:

Kyrie, eleison. Señor, ten piedad.

Un lector de la Iglesia Evangélica Española:

Te rogamos, señor: sé nuestro auxilio y escudo. Salva a aquellos que se sienten afligidos, ten piedad de los desvalidos, muestra tu rostro a los necesitados.

La asamblea aclama cantando:

Kyrie, eleison. Señor, ten piedad.

Un lector de la Iglesia del Patriarcado de Rumanía:

Oh Señor, fiel de generación en generación, justo en tus juicios, misericordioso y compasivo, perdónanos nuestras ofensas, límpianos con tu Misericordia y guía nuestros pasos por sendas de santidad y justicia.

La asamblea aclama cantando:

Kyrie, eleison. Señor, ten piedad.

Un lector de Iglesia Apostólica Armenia:

Señor, haz brillar sobre nosotros la luz de tu rostro, concede la paz a todos los pueblos de la tierra, y haz que tus hijos avancen por caminos de comunión y fraternidad.

La asamblea aclama cantando:

Kyrie, eleison. Señor, ten piedad.

El presidente:

DIOS del cielo y de la tierra, Jesucristo, tu Hijo, nos ha revelado que eres nuestro Padre y nos ha prometido el don del Espíritu: concede a tus fieles superar las divisiones, para que podamos testimoniar el misterio de comunión que eres Tú, Trinidad Santa, un solo Dios, en unidad. Te suplicamos, Dios Padre omnipotente y eterno, sostén el camino hacia la unidad de todos cuantos confesamos a tu Hijo Jesucristo como Dios y Señor. Envía tu Espíritu Santo sobre todos los que regeneraste por el bautismo para que seamos testigos valerosos del Evangelio y faros de esperanza eterna en este mundo. Por Jesucristo, nuestro Señor.

Rx. Amén.

Primera parte

CREEMOS EN UN SOLO DIOS, PADRE

El director del secretariado de la subcomisión para las Relaciones interconfesionales y diálogo interreligioso:

El Credo Niceno-Constantinopolitano se estructura conforme a la fe trinitaria: Dios Padre, Dios Hijo, Dios Espíritu Santo. Meditaremos a la luz de la Palabra de Dios en estos artículos de fe, con momentos de oración y reflexión, y la lectura de las distintas partes de la declaración ecuménica sobre el Credo de Nicea que han consensuado los representantes de las diversas confesiones cristianas presentes en España.

Comenzamos afirmando todos juntos:

Todos:

**Creemos en un solo Dios, Padre todopoderoso,
creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.**

Todos se sientan.

Un lector de la Iglesia Evangélica de habla alemana lee el texto bíblico (Is 49, 12-18).

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del profeta Isaías.

MIRADLOS venir de lejos; miradlos, del Norte y del Poniente, y los otros de la tierra de Sin. Exulta, cielo; alégrate, tierra; romped a cantar, montañas, porque el Señor consuela a su pueblo y se compadece de los desamparados». Sión decía: «Me ha abandonado el Señor, mi dueño me ha olvida-

do». ¿Puede una madre olvidar al niño que amamanta, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues, aunque ella se olvidara, yo no te olvidaré. Mira, te llevo tatuada en mis palmas, tus muros están siempre ante mí. Se apresuran los que te reconstruyen; tus destructores, los que te arrasaban, se alejan de ti. Alza tus ojos en torno y mira: todos se reúnen, vienen hacia ti. Por mi vida —oráculo del Señor—, a todos los llevarás como vestido precioso, te los ceñirás como una novia.

La asamblea aclama cantando:

Amén.

Se hace un momento de silencio meditativo.

Luego, la asamblea canta:

**Credo in unum Deum, Patrem omnipotentem,
credo in unum Deum, factorem coeli et terræ,
visibilium ómnium, et invisibilium.
Credo in unum Deum, amen.**

Un lector de la Iglesia Española Reformada Episcopal lee la primera parte de la declaración ecuménica.

Los cristianos confesamos el señorío de Dios sobre toda la creación, material y espiritual, visible e invisible, sobre el tiempo y el espacio, sobre todas las criaturas y, de forma especial, sobre el ser humano. Todo es obra de su acción creadora, libre y gratuita, todo es obra de su amor.

En una cultura que ensalza al ser humano y endiosa su potencial creativo científico-técnico, que se enorgullece de su autosuficiencia y llega a fabricar proyectos humanistas de salvación al margen de Dios,

los cristianos afirmamos que «creó Dios al ser humano a su imagen; a imagen de Dios lo creó; varón y hembra lo creó» (Gen 1,27). Por ello ocupa un lugar único en la creación, pues, de todas las criaturas visibles solo el ser humano es capaz de conocer y amar a su Creador, y está llamado a participar, por el conocimiento y el amor, en la vida de Dios. Para ese fin ha sido creado y ahí radica la razón fundamental de su dignidad. Tenemos la experiencia y la convicción de que el ser humano es intrínsecamente religioso, abierto a la trascendencia, y que posee una sed de Dios que no puede ser apagada sin negar la verdad de su propia naturaleza. Por eso, afirmamos el derecho de toda persona a profesar su religión y a ser respetada en su conciencia como un bien esencial.

Creados “a imagen y semejanza de Dios” y redimidos por Cristo, afirmamos la dignidad infinita e inalienable que le corresponde a todo hombre y a toda mujer, más allá de las circunstancias, estado o situación en la que se encuentre. Esto nos mueve a trabajar por la promoción de todo ser humano y el respeto de sus derechos fundamentales, especialmente allí donde la dignidad de nuestros hermanos es vulnerada: donde la vida no es respetada como un don sagrado desde su inicio a su fin; donde los seres humanos son discriminados y perseguidos por su fe; donde los pueblos sufren las consecuencias de la violencia y la guerra; donde la desigualdad y la injusticia conducen a la explotación de los más pobres; donde los inmigrantes son rechazados y no acogidos como hermanos o donde, mediante la “trata de personas”, se comercia con la vida humana.

Jesús nos ha revelado el rostro de Dios Padre, misericordioso, que nos invita a ser igualmente misericordiosos con nuestros hermanos. La misericordia crea vínculos de confianza y fraternidad, constituyendo sociedades sólidas, capaces de perdonar, de superar polarizaciones y posiciones enfrentadas, y de trabajar por el bien de todos, especialmente de los más débiles. La fe en el Padre misericordioso nos lleva a reconocer en el otro a un hermano, igual en dignidad, al que debemos sostener y amar, expresando así una fraternidad que abraza a toda la humanidad. Como cristianos tratamos a todos como hermanos y, cumpliendo el mandato misionero de Jesucristo, llevamos a todos el Evangelio, anunciando a todos la dignidad infinita de su vocación, pues «amorosamente (el Padre) nos ha destinado de antemano, y por pura iniciativa de su benevolencia, a ser adoptados como hijos suyos mediante Jesucristo» (Ef 1, 4-5).

Dios, el Padre, es el creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. La creación entera, por tanto, por la presencia y la actividad de Dios en ella, está llena de su gloria (cf. Is 6,3), lo que nos permite contemplar en el mundo la caligrafía del Creador, es decir, la huella de su presencia y las leyes que Él ha inscrito en la creación. Por eso, hacemos una llamada urgente a detener el uso irresponsable de los bienes de la tierra y la explotación, a trabajar incansablemente por una ética de la creación, capaz de transformar estilos de vida, modelos de producción y de consumo, y respeto al medio ambiente, de manera que entre todos logremos alcanzar una auténtica ecología integral.

Todos se ponen de pie.

El presidente:

PADRE compasivo, renueva nuestra fe en ti y haznos uno en tu amor, para que podamos reconocernos mutuamente como tus hijos e hijas que se reúnen en unidad. Te damos gracias por Jesucristo, tu Hijo único, en la comunión del Espíritu Santo.

Rx. Amén.

Segunda parte

CREEMOS EN UN SOLO SEÑOR JESUCRISTO

El director del secretariado de la subcomisión para las Relaciones interconfesionales y diálogo interreligioso:

El segundo artículo del Credo de Nicea nos invita a profesar la fe en Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, por eso afirmamos juntos :

Todos:

Creemos en un solo Señor Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros los hombres
y por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo se encarnó de María,
la Virgen, y se hizo hombre.

Todos se sientan.

Un lector de la Iglesia Anglicana (Diócesis de Europa) lee el texto bíblico (Gal 4,4-7).

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Gálatas.

HERMANOS: Cuando llegó la plenitud del tiempo, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer, nacido bajo la ley, para rescatar a los que estaban bajo la ley, para que recibiéramos la adopción filial. Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: «¡“Abba”, Padre!». Así que ya no eres esclavo, sino hijo; y si eres hijo, eres también heredero por voluntad de Dios.

La asamblea aclama cantando:

Amén.

Se hace un momento de silencio meditativo.

Un lector de la Iglesia Ortodoxa de Rumanía lee la segunda parte de la declaración ecuménica.

Al renovar la fe de la Iglesia proclamada en Nicea en el año 325, volvemos a afirmar con firmeza que Jesucristo es de la misma naturaleza del Padre, verdadero Dios, engendrado y no creado; y, al mismo tiempo, verdadero hombre, semejante a nosotros, sin pecado (cf. Heb 4,15). Él es más grande que cualquiera de los profetas (cf. Mt 12,41-42; Mt 16,13-23), no fue simplemente un hombre “especial” que proclamó un mensaje ético atrayente. Tampoco es un ser “sobrenatural” despojado de la carne y sin historia, que incita a una

vivencia de la fe como huida del mundo. Él es el Verbo encarnado, en quien se esclarece el misterio del ser humano, la imagen de Dios invisible (Col 1,15), el que revela al hombre el auténtico rostro del Padre, y el que manifiesta la plenitud de lo que es el hombre y su vocación definitiva. «No hay bajo el cielo otro nombre dado a los hombres por el que nosotros podamos salvarnos» (Hch 4, 12).

Confesamos que Jesucristo, por la encarnación, es el Mesías, el Hijo de Dios vivo (cf. Mt 16,16), el centro de la historia y del universo, el que nos conoce y nos ama, compañero y amigo. Por eso, los hombres y mujeres de todos los tiempos ya no vagan errantes y sin sentido, pues Jesucristo es la Luz, el Camino, la Verdad, la Vida, el Pan y el Agua que sacia nuestra hambre y sed, el Pastor, nuestro Guía, nuestro Consuelo... Él, hombre de dolor y de esperanza, ha quedado para siempre inserto en el tejido de la historia, herida por la muerte, el sufrimiento y la injusticia, y, con su presencia, ha transfigurado el pasado, el presente y el futuro. Ya no hay oscuridad que no pueda ser iluminada.

En Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, nos comprometemos a defender la dignidad de todo ser humano, esperando que, cuando Él venga como Señor y Juez de la historia, pueda decir de nosotros: «porque tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui forastero y me hospedasteis, estuve desnudo y me vestisteis, enfermo y me visitasteis, en la cárcel y vinisteis a verme» (Mt 25,35-36). La fe nos

mueve a la caridad y la solidaridad con el dolor de nuestros hermanos, y nos sigue movilizando ante el escándalo del hambre en nuestro mundo.

Todos se ponen de pie.

El presidente:

S EÑOR Dios nuestro, que, al cumplirse la plenitud de los tiempos, nos enviaste a tu Hijo nacido de mujer, asumiendo la condición humana menos en el pecado, devuelve la dignidad de todos los que hoy siguen siendo despreciados y marginados. Por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

Tercera parte

QUE POR NUESTRA CAUSA FUE CRUCIFICADO Y RESUCITÓ

El director del secretariado de la subcomisión para las Relaciones interconfesionales y diálogo interreligioso:

Profundizamos en el segundo artículo del Credo, dedicado a Jesucristo. Meditamos en la entrega de Jesucristo hasta la muerte y muerte de cruz por nuestra salvación, por lo que Dios lo ensalzó concediéndolo el Nombre-sobre-todo nombre. Es lo que en el nos lleva a afirmar juntos :

Todos:

**Creemos en Jesucristo,
que por nuestra causa fue crucificado
en tiempos de Poncio Pilato;**

padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día según las Escrituras,
subió al cielo y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.

Todos se sientan.

Un lector de la Iglesia Ortodoxa Serbia lee el texto bíblico (Fil 2, 5-11).

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del apóstol san Pablo a los Filipenses.

TENED entre vosotros los sentimientos propios de Cristo Jesús. El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios; al contrario, se despojó de sí mismo tomando la condición de esclavo, hecho semejante a los hombres. Y así, reconocido como hombre por su presencia, se humilló a sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y una muerte de cruz. Por eso Dios lo exaltó sobre todo y le concedió el Nombre-sobre-todo-nombre; de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra, en el abismo, y toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

La asamblea aclama cantando:

Amén.

Se hace un momento de silencio meditativo.

Luego, la asamblea canta:

**Credo in unum Deum,
Dominum Iesum Christum,
credo in unum Deum Filium Dei unigenitum.
Et ex Patre natum ante omnia sæcula.
Credo in unum Deum, amen.**

Un lector de la Iglesia Evangélica Española lee la tercera parte de la declaración ecuménica.

La vida de Jesús muestra la confianza incondicional en Dios y el exceso de amor de Dios al mundo. En su sufrimiento y muerte de cruz por nosotros se ha desvelado el amor del Padre por cada uno de sus hijos. Tenemos una deuda de amor con Aquel que nos ha rescatado con su sangre, y estamos llamados a vivir con inmensa y generosa gratitud, en la dinámica del don y la entrega.

Por ello, ante los reduccionismos de un “amor” que dejan vacío el corazón humano, no nos cansaremos de anunciar un Amor incondicional, que excede toda expectativa, absolutamente gratuito, entregado y servicial, capaz de sacrificio y fiel, sobre el que se sustenta el matrimonio, la familia y la sociedad.

Y confesamos que la muerte no tiene la última palabra. La resurrección de Jesucristo suscita en nosotros la esperanza. El anuncio de Cristo resucitado recorre como un eco gozoso toda la historia y se actualiza en cada tiempo. Él es el eternamente vivo, el que restaura la alegría, el que hace experimentar su presencia viva y resucitada en la comunidad reunida, en la

proclamación de la Palabra, en la celebración de los sacramentos, en el servicio a los pobres y la caridad, e incluso en la persecución y el dolor.

Todos se ponen de pie.

El presidente:

SEÑOR, nuestro Dios, glorificando a tu Hijo Jesús, nos has liberado de la muerte; por su resurrección, despierta nuestros corazones adormecidos, ilumina a todos los que te buscan y haz que la Estrella de la mañana, Jesucristo el Viviente, resplandezca sobre nosotros. Él, que es Señor, por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

Cuarta parte

CREEMOS EN EL ESPÍRITU SANTO

El director del secretariado de la subcomisión para las Relaciones interconfesionales y diálogo interreligioso:

El tercer artículo del Credo afirma la divinidad del Espíritu Santo. Él es el que guía, conduce, rejuvenece, alienta... a la Iglesia. El Espíritu nos permite llamar a Dios “Padre” con la confianza de los hijos, y posibilita el encuentro con el Señor Resucitado. Por eso, hoy también podemos decir juntos:

Todos:

**Creemos en el Espíritu Santo,
Señor y dador de vida, que procede del Padre,
que con el Padre recibe una misma adoración y gloria
y que habló por los profetas. —**

**Y en la Iglesia, que es una, santa, católica y apostólica.
Reconocemos un solo bautismo
para el perdón de los pecados.
Esperamos la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro. Amén.**

Todos se sientan.

Un lector de la Iglesia Apostólica Armenia lee el texto bíblico
(Hch 2,2-4).

Escuchad ahora, hermanos, las palabras del libro de los
Hechos de los Apóstoles.

AL cumplirse el día de Pentecostés, estaban todos
juntos en el mismo lugar. De repente, se produjo
desde el cielo un estruendo, como de viento que
soplaba fuertemente, y llenó toda la casa donde se
encontraban sentados. Vieron aparecer unas lenguas,
como llamaradas, que se dividían, posándose encima de
cada uno de ellos. Se llenaron todos de Espíritu Santo y
empezaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu
les concedía manifestarse.

La asamblea aclama cantando:

Amén.

Se hace un momento de silencio meditativo.

Luego, la asamblea canta:

**Credo in unum Deum, Spiritum sanctum,
credo in unum Deum, Dominum et vivificantem,
qui ex Patre procedit.
Credo in unum Deum, amen.**

Un lector de la Iglesia Ortodoxa Rusa lee la cuarta parte y la conclusión de la declaración ecuménica.

Afirmamos juntos que el Espíritu Santo es una persona divina, que, al igual que el Hijo eterno de Dios, procede del Padre. Los cristianos recibimos el Espíritu Santo por medio del Hijo, con el que siempre está en relación. Redimidos por la muerte y resurrección de Cristo, el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rom 5,5). El Espíritu es la fuente de agua viva que vivifica a la Iglesia, el que la guía hacia la verdad, la embellece con la diversidad de sus dones y carismas, y la renueva con la luz del Evangelio. El Espíritu suscita la fe en cada creyente conformando la comunidad de los fieles cristianos y conduce a la Iglesia hacia la unidad plena, haciéndola superar las divisiones que obstaculizan el proyecto del Reino. Por eso, constantemente invocamos al Espíritu Santo para que nos conceda el don de la unidad visible siguiendo la petición de Jesús: «Padre que todos sean uno para que el mundo crea» (Jn 17,21).

El mismo Espíritu que descendió sobre los Apóstoles en Pentecostés es el que actúa también más allá de las fronteras visibles de la Iglesia, en los hombres y mujeres de otras religiones, en otras culturas, donde encontramos signos de la presencia del Reino, lo que nos lleva a colaborar y a cooperar con todos los hombres, y a trabajar incansablemente por la paz y la justicia. Por eso, con la fuerza del Espíritu Santo, nos comprometemos a potenciar comunidades abiertas y acogedoras, que sean signos proféticos de comunión integradora y

de esperanza, oasis de misericordia en los duros desiertos de la vida, espacios de reconciliación, posada donde Jesucristo, el Buen Samaritano, pueda continuar cuidando a los hombres y mujeres rescatados de los bordes de los caminos.

Reconocemos un solo bautismo, realizado en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo para el perdón de los pecados, que nos mantiene unidos en la Iglesia una, santa, católica y apostólica, y nos hace caminar por este mundo como peregrinos de esperanza, con el corazón y la mirada puesta en la patria del cielo. Avanzamos hacia la meta de la resurrección y la vida eterna, que contiene en sí todas las “metas menores” a las que el ser humano aspira, procurando que estos cielos y esta tierra anticipen ya, de algún modo, los cielos nuevos y la tierra nueva que juntos ansiamos alcanzar, lo que nos compromete a trabajar por la paz mundial y la convivencia entre los pueblos.

Esta es nuestra fe, la fe que, con alegría, queremos seguir proponiendo y anunciando a todos, sin distinción. La fe que hemos recibido, que custodiamos y que no podemos esconder, por muchas dificultades que encontremos para llevar a cabo nuestra misión, porque si callamos, «gritarán las piedras» (Lc 19,40).

Intentando ser testigos alegres del Evangelio, proclamando nuestra fe no solo con palabras sino también con nuestras obras, buscaremos con creatividad nuevos lenguajes para que los hombres y mujeres de nuestro siglo puedan experimentar su encuentro personal con Jesucristo, y recibir el anuncio gozoso de la misericordia

de Dios, convencidos –con Agustín de Hipona– de que «nos hiciste, Señor, para ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en ti».

Amén.

Todos se ponen de pie.

El presidente:

DIOS, nuestro Padre, que nos has revelado el misterio de tu vida enviando a tu Hijo al mundo y compartiendo con nosotros tu Espíritu de santidad y alegría. Alégramos en el Espíritu que renueva la faz de la tierra y nos conduce hacia la unidad. Te lo pedimos por Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

Proclamación del Evangelio

Jn 11, 17-26

La asamblea aclama cantando:

Aleluya, aleluya, aleluya.

El diácono:

El Señor esté siempre con vosotros.

La asamblea responde cantando:

Y con tu espíritu.

El diácono:

CUANDO Jesús llegó a Betania, Lázaro llevaba ya cuatro días enterrado. Betania distaba poco de Jerusalén: unos quince estadios; y muchos judíos habían ido a ver a Marta y a María para darles el

pésame por su hermano. Cuando Marta se enteró de que llegaba Jesús, salió a su encuentro, mientras María se quedó en casa. Y dijo Marta a Jesús: «Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto mi hermano. Pero aún ahora sé que todo lo que pidas a Dios, Dios te lo concederá». Jesús le dijo: «Tu hermano resucitará». Marta respondió: «Sé que resucitará en la resurrección en el último día». Jesús le dijo: «Yo soy la resurrección y la vida: el que cree en mí, aunque haya muerto, vivirá; y el que está vivo y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Crees esto?». Ella le contestó: «Sí, Señor: yo creo que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, el que tenía que venir al mundo».

Palabra del Señor.

La asamblea aclama cantando:

Gloria a ti, Señor Jesús.

Profesión de fe

El monitor:

La Palabra de Dios que ha sido proclamada y el Credo de Nicea son luz para la vida de la Iglesia. Jesucristo, hemos afirmado, es «Luz de Luz», y así lo queremos simbolizar al encender ahora nuestras luces del cirio pascual, que representa a Jesucristo Resucitado.

Mientras se distribuye la luz, tomada del cirio pascual, se canta:

El cantor:

Enciende una luz, déjala brillar;
la luz de Jesús que brille en todo lugar.

No la puedes esconder, no te puedes callar;
ante tal necesidad, enciende una luz en la oscuridad.

La asamblea:

R. Enciende una luz, déjala brillar;
la luz de Jesús que brille en todo lugar.
No la puedes esconder, no te puedes callar;
ante tal necesidad, enciende una luz en la oscuridad.

El cantor:

1. ¿Cómo, pues, invocaran a aquel
en el cual no han creído?
¿Y como creerán en aquel de quien no han oído?
¿Y como oirán si nadie les predica?
Hermosos son los pies de los que anuncian la paz,
las buenas nuevas de Jesús. **R.**
2. Es tiempo de encender la luz
y que el mundo conozca de Jesús
la luz de su amor. **R.**

Cuando todos los participantes tienen sus velas encendidas, el monitor dice:

Proclamaremos ahora el *Credo* en griego y en castellano, siendo fieles a la fórmula aprobada por los Concilio de Nicea y Constantinopla, por lo que no se recitará la fórmula del *filioque*, siguiendo la costumbre de los encuentros ecuménicos.

Se canta el Credo en griego.

Πιστεύομεν εἰς ἓνα Θεόν,
Πατέρα, Παντοκράτορα,
ποιητὴν οὐρανοῦ καὶ γῆς,
ὁρατῶν τε πάντων καὶ ἀοράτων.

Καὶ εἰς ἓνα Κύριον Ἰησοῦν Χριστόν,
τὸν Υἱὸν τοῦ Θεοῦ τὸν Μονογενῆ,
τὸν ἐκ τοῦ Πατρὸς γεννηθέντα πρὸ πάντων τῶν αἰώνων·
Φῶς ἐκ Φωτός, Θεὸν ἀληθινὸν ἐκ Θεοῦ ἀληθινοῦ,
γεννηθέντα, οὐ ποιηθέντα,
ὁμοούσιον τῷ Πατρί,
δι' οὗ τὰ πάντα ἐγένετο·
τὸν δι' ἡμᾶς τοὺς ἀνθρώπους
καὶ διὰ τὴν ἡμετέραν σωτηρίαν
κατελθόντα ἐκ τῶν οὐρανῶν,
καὶ σαρκωθέντα ἐκ Πνεύματος Ἁγίου
καὶ Μαρίας τῆς Παρθένου,
καὶ ἐνανθρωπήσαντα.
Σταυρωθέντα τε ὑπὲρ ἡμῶν
ἐπὶ Ποντίου Πειλάτου,
καὶ παθόντα καὶ ταφέντα,
καὶ ἀναστάντα τῇ τρίτῃ ἡμέρᾳ
κατὰ τὰς Γραφάς,
καὶ ἀνελθόντα εἰς τοὺς οὐρανοὺς,
καὶ καθεζόμενον ἐκ δεξιῶν τοῦ Πατρὸς,
καὶ πάλιν ἐρχόμενον μετὰ δόξης
κρῖναι ζῶντας καὶ νεκρούς,
οὗ τῆς βασιλείας οὐκ ἔσται τέλος.

Καὶ εἰς τὸ Πνεῦμα τὸ Ἅγιον,
τὸ Κύριον, τὸ Ζωοποιόν,
τὸ ἐκ τοῦ Πατρὸς ἐκπορευόμενον,
τὸ σὺν Πατρὶ καὶ Υἱῷ
συμπροσκυνούμενον καὶ συνδοξαζόμενον,
τὸ λαλῆσαν διὰ τῶν προφητῶν.

Εἰς Μίαν, Ἀγίαν, Καθολικὴν
καὶ Ἀποστολικὴν Ἐκκλησίαν·
Ὁμολογῶ ἐν βάπτισμα
εἰς ἅφεσιν ἁμαρτιῶν·
προσδοκῶ ἀνάστασιν νεκρῶν,
καὶ ζωὴν τοῦ μέλλοντος αἰῶνος. Ἀμήν.

El cantor:

Credo, credo, amén.

La asamblea aclama cantando:

Credo, credo, amén.

Todos proclaman el Credo intercalando la aclamación cantada
Credo, credo, amén.

**Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso,
Creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible.**

℟. Credo, credo, amén.

**Creo en un solo Señor, Jesucristo,
Hijo único de Dios,
nacido del Padre antes de todos los siglos:
Dios de Dios, Luz de Luz,
Dios verdadero de Dios verdadero,
engendrado, no creado,
de la misma naturaleza del Padre,
por quien todo fue hecho;
que por nosotros, los hombres,
y por nuestra salvación bajó del cielo,
y por obra del Espíritu Santo
se encarnó de María, la Virgen, y se hizo hombre.**

℟. Credo, credo, amén.

Y por nuestra causa
fue crucificado en tiempos de Poncio Pilato;
padeció y fue sepultado,
y resucitó al tercer día, según las Escrituras,
y subió al cielo, y está sentado a la derecha del Padre;
y de nuevo vendrá con gloria
para juzgar a vivos y muertos,
y su reino no tendrá fin.

Rx. Credo, credo, amén.

Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida,
que procede del Padre,
que con el Padre y el Hijo
recibe una misma adoración y gloria,
y que habló por los profetas.
Creo en la Iglesia,
que es una, santa, católica y apostólica.
Confieso que hay un solo bautismo
para el perdón de los pecados.
Espero la resurrección de los muertos
y la vida del mundo futuro. Amén.

Rx. Credo, credo, amén.

Oraciones de intercesión

El presidente:

Dios Padre Santo, en este momento de oración, nos presentamos ante Ti con un corazón humilde y lleno de fe, reconociendo que Tú eres la fuente de toda unidad porque eres amor. Te pedimos que envíes tu Santo Espíritu para que conduzcas a la comunión a todos cuantos confiesan a Jesucristo, tu Hijo encarnado, como Salvador. Imploremos al Espíritu Santo sus dones.

El cantor:

Padre, Padre, escúchanos.

La asamblea aclama cantando:

Padre, Padre, escúchanos.

Un lector de la Iglesia Católica:

1. Envía el don de Sabiduría a cuantos confiesan tu nombre, para caminar hacia la unidad. Oremos.

℟. Padre, Padre, escúchanos.

Un lector del Patriarcado Ecuménico de Constantinopla:

2. Ilumina nuestra mente con el don de Entendimiento, para que todos los creyentes podamos comprender el hondo misterio de la comunión a la cual nos llamas, superando divisiones y promoviendo la reconciliación. Oremos.

℟. Padre, Padre, escúchanos.

Un lector de la Iglesia Ortodoxa de Rumanía:

3. Asístenos con el don de Consejo, para que la Iglesia tenga la sabiduría de orientar a sus hijos hacia la unidad y la paz, fortaleciendo los lazos de fraternidad y colaboración en tu nombre. Oremos.

Rx. Padre, Padre, escúchanos.

Un lector de la Iglesia Ortodoxa Rusa:

4. Danos el don de Fortaleza para que seamos valientes en dar testimonio de fe en el mundo y asiste a todos los cristianos que en el mundo hoy son perseguidos, para que su sangre derramada se convierta en semilla de comunión fraterna. Oremos.

Rx. Padre, Padre, escúchanos.

Un lector de la Iglesia Evangélica Española:

5. Derrama el don de Ciencia para que todos reconozcamos en cada hermano tu presencia y en la creación tu obra, promoviendo la fraternidad universal y la unidad en la diversidad. Oremos.

Rx. Padre, Padre, escúchanos.

Un lector de la Iglesia Española Reformada Episcopal:

6. Confíanos el don de Piedad para que en nuestros corazones florezca el amor fraterno, la misericordia y la compasión, fortaleciendo los lazos de unidad y solidaridad entre todos los que confiesan tu santo Nombre. Oremos.

Rx. Padre, Padre, escúchanos.

Un lector de la Iglesia Anglicana (Diócesis de Europa):

7. Llénanos con el *don de Temor de Dios* para que vivamos con reverencia y respeto mutuo, buscando siempre la reconciliación, el perdón y la paz en nuestras relaciones, y promoviendo la unidad en la diversidad. Oremos.

℟. Padre, Padre, escúchanos.

Oración dominical

El presidente:

Acoge, Padre de bondad, esta plegaria de acción de gracias por la fe y de súplica por la unidad, que te presentamos compendiada en la oración que el mismo Cristo nos enseñó:

La asamblea:

Padre nuestro, que estás en el cielo,
santificado sea tu Nombre;
venga a nosotros tu reino;
hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo.
Danos hoy nuestro pan de cada día;
perdona nuestras ofensas,
como también nosotros perdonamos
a los que nos ofenden;
no nos dejes caer en la tentación
y líbranos del mal.

Rito de la paz

El presidente:

OH, Dios, creador de la paz y dador de la caridad indivisible, haz que permanezcamos ligados por el vínculo del amor y estrechamente unidos en el bien de la concordia; de manera que los pacíficos perseveren en la paz y los desavenidos, por la gracia de tu misericordia, se conviertan al amor verdadero.

Rx. Amén.

El presidente:

Porque tú eres nuestra paz verdadera, caridad indivisible; tú, que vives contigo mismo y reinas con tu Hijo y el Espíritu Santo, un solo Dios, por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

El diácono:

Daos la paz los unos a los otros.

Y todos intercambian un gesto de paz.

Oración conclusiva

El presidente:

DIOS, Padre nuestro, acepta nuestra alabanza y acción de gracias por todo lo que ya une a los cristianos en la confesión y el testimonio de Jesús, el Señor. Apresura la hora en que todas las Iglesias se reconozcan en la única comunión que Tú quisiste y por la cual tu Hijo oró con el poder del Espíritu Santo. Tú que vives y reinas por los siglos de los siglos.

Rx. Amén.

El presidente:

Que Él, que es nuestra paz y nos ha hecho uno, nos conceda presentarnos los unos a los otros al Padre en un solo Espíritu.

Rx. Amén.

Todos se sientan.

El Metropolitano del Patriarcado de Constantinopla dirige unas palabras en nombre de Su Santidad Bartolomé I, Patriarca Ecuménico de Constantinopla.

Luego, todos se ponen de pie.

Conclusión y despedida

El diácono:

Nuestra celebración ha terminado. En nombre de nuestro Señor Jesucristo, Dios acepte nuestros deseos y plegarias en paz.

La asamblea responde cantando:

Demos gracias a Dios.

Canto final

VIVIREMOS FIRMES EN LA FE

El cantor:

1. Aunque rujan las tormentas, sea feroz el mar,
en tu barca navegamos sin temor.
Tú, Jesús, vas con nosotros, se paró la tempestad;
es la fe como una roca donde anclar.
Como Pedro te seguimos en nuestra misión
de llevar la luz de Dios a los demás.
No nos sueltes de la mano, no te queremos fallar;
es la fe como una barca que no deja de avanzar.

La asamblea:

**R. Viviremos firmes en la fe,
en tus manos no hay por qué temer.
En Jesús cantamos,
siempre en Él viviremos firmes en la fe. (2)**

El cantor:

2. Sobre arena no podemos nada construir,
una casa levantamos para Dios.
Es Jesús la roca firme donde levanto mi voz,
un hogar edificado con amor.
Piedras vivas, construiremos la nueva ciudad,
una fiesta de justicia y de perdón.
Todo estáis invitados, el banquete comenzó;
pan y vino y esperanza, este es el Reino de Dios. *Rx*.
3. Como un árbol junto al río es nuestra raíz,
bautizados en el agua y en luz.
Hoy tu sangre nos da vida en el árbol de la cruz,
donde anidan los que ya son multitud.
Hoy alegres proclamamos que venció el amor,
Dios nos quiere y a todos quiere salvar.
Buen Jesús, hoy te pedimos: crezca nuestra fe, Señor.
La semilla que en ti espera en gran árbol ya creció. *Rx*.
4. Viviremos firmes en la fe: Jesús será la luz.
En tus manos no hay por qué temer:
no temerás la cruz.
En Jesús cantamos:
vives con nosotros Dios, amor.
Siempre en Él viviremos firmes en la fe:
firmes en la fe. *Rx*.

ACABOSE DE IMPRIMIR
EL 6 DE NOVIEMBRE DE 2025,
MEMORIA LITÚRGICA
DE LOS MÁRTIRES DEL SIGLO XX EN ESPAÑA

In Illo uno unum